

Revista de Guimarães

Publicação da Sociedade Martins Sarmento

LA FÁBULA.

MORAN, César

Ano: 1950 | Número: 60

Como citar este documento:

MORAN, César, La Fábula. *Revista de Guimarães*, 60 (1-2) Jan.-Jun. 1950, p. 154-171.

Casa de Sarmento
Centro de Estudos do Património
Universidade do Minho

Largo Martins Sarmento, 51
4800-432 Guimarães

E-mail: geral@csarmento.uminho.pt

URL: www.csarmento.uminho.pt



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons
Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

La Fábula

Originaria del Oriente, quizás de la India donde, por creer en la metempsícosis era fácil hacer hablar a los animales, obligándoles a discurrir como las personas y a descubrir sus vicios y virtudes; la Fábula apareció en Grecia con Esopo, luego en Roma con Fedro, y de aquí se propagó a todos los pueblos de Occidente. Aunque este género literario parece más propio de niños que de hombres sesudos, mereció en todas las épocas especial atención de los grandes ingenios. Sócrates empleó los últimos momentos de su vida en versificar las fábulas atribuidas a Esopo. Platón, en su *República*, dió lugar preeminente a las fábulas, y recomendaba que los niños las aprendiesen desde la cuna para ejercitarse en la sabiduría y en la virtud. La misma Verdad, que es Jesucristo, enseñó su celestial doctrina por medio de parábolas, ejemplos fabulosos fáciles de comprender por ser tan sencillos y familiares. El hombre, mundo abreviado, participa cualidades de todos los seres; la existencia le es común con lo insensible; la vida, con las plantas; el sentir, con los animales, y la inteligencia, con los ángeles. De todos esos reinos el más próximo, el más relacionado con el hombre, es el reino animal, en que se observan las mismas cualidades humanas; la fuerza, la astucia, la crueldad, la previsión, la idiotez, el temor... Le falta la palabra y el entendimiento; el hombre se los trasmite para que en la escena se conduzca como ser racional en sus preocupaciones, en sus luchas, trabajos y antagonismos; conservando cada individuo el carácter que le asignó la naturaleza.

Esa modalidad sorprende y conmueve a las mentalidades primitivas y, como todos conservamos algo de primitivos, a todos nos sorprende y nos

agrada. No percibimos en los animales más que gritos, chillidos, voces inarticuladas; y, al enterarnos de que hablan y se entienden como nosotros, nos causa maravilla, y cada cual exclama en su interior: Pues es verdad, y yo no había caído en la cuenta.

Entre los conocimientos populares corren muchas fábulas distintas de las que figuran en los libros, aunque guarden con éstas mayor o menor parentesco. ¿Habrán seguido los mismos derroteros que las fábulas clásicas? ¿Se habrán escapado de las escuelas al vulgo? ¿Habrán surgido espontáneamente como las flores autóctonas? Contesten los especialistas. Por ahora nos contentaremos con aducir algunos modelos de fábulas corrientes en las montañas de León, Concejo de La Lomba, donde las hemos oído hace unos 60 años.

I

La Zorra y el Lobo

Cuando la zorra salía de caza, la encontraba a manos llenas porque sabía más que el diablo y daba punto y raya a todos los animales de carne sabrosa; pero muchos se le escapaban por falta de corpulencia necesaria para el degüello. La cabra, el carnero, el toro y aún el asno eran manjares vedados para ella, y no por carecer de astucia, sino por falta de poder corporal. En cambio el lobo se veía precisado a merodear lejos de los poblados, donde las buenas ocasiones se presentan raras veces. Eso de arrimarse a los dominios de los pastores ¡ofrece tantos peligros! ¡Cuántos compañeros había visto él sucumbir por excesiva audacia! Y así, aunque le sobraba valor para matar un rebaño con el pastor a la cabeza, eran tan raras las víctimas que se presentaban en sus dominios, que la mayor parte del año resultaba para él de riguroso ayuno cuaresmal.

A indicaciones de la zorra y por su iniciativa, convinieron los dos en formar sociedad para bus-

carse, del modo más sencillo, el pan nuestro de cada día, sin exponerse a morir de hambre, que es peor que morir de peste. Cada uno aportaría al capital sus habilidades; la zorra, su astucia; el lobo, sus fuerzas, sus garras y todo su poder. Firmado el contrato y constituida la sociedad, pronto empezó la ejecución, que vino a dar los resultados apetecidos.

La zorra, con sus tretas, consiguió sacar del rebaño un lucido carnero, dejándose unas veces pegar del bicho, otras veces asustándolo, hasta que lo puso en los dominios del consocio, el cual, a las pocas dentelladas, lo trasformó en cadáver inofensivo y caliente. Quería el lobo comenzar enseguida el banquete para celebrar la dichosa inauguración del tratado, que tan dulces y tan copiosos frutos prometía. Pero la zorra lo disuadió aduciendo tan concertadas y poderosas razones, que el lobo convino en lo que ella proponía, es a saber; dejarlo curar y economizarlo para los días de Adviento y Cuaresma, cuando la nieve cubre los campos despoblados, cuando no hay qué llevar a la boca, cuando el ayuno se impone, quiera o no quiera el estómago. Ahora, decía, la Providencia se muestra liberal con nosotros, nada nos falta, y con este pequeño ahorro podemos prevenir los tiempos de escasez, para que nuestra vida se deslice con las comodidades de los ricos, que tienen lo que pueden desear. Y así lo determinaron ambos socios; dejar el carnero en una cueva para los malos días, cuando el hambre con sus dedos sarmientosos llamase a las puertas de la pareja previsoras.

Al poco tiempo la zorra pretextó un viaje para asistir a un bautizo, y salió en dirección contraria a la bien repuesta cueva en que esperaba el borrego. Sabía que todos los caminos conducen a Roma, y no había que infundir sospechas. Dando vueltas y revueltas, mirando atrás, observando desde las alturas, por quebradas y barrancos que le eran muy conocidos, llegó a la provista cueva, y se lió con el carnero, que calculó bastaría para tres suculentos banquetes, de esos en que no hay más que pedir. Por caminos extraviados volvió a la compañía del lobo, contando maravillas del bautizo, del rumbo de

los padrinos, de la belleza de la criatura y de la esplendidez con que habían sido obsequiados todos los asistentes.

— ¿Cómo pusisteis al niño? preguntó el lobo.

— *Principelo*, contestó la zorra.

— Ya se conoce que es de linaje de príncipes, pues te huele el aliento como a los perros de casa rica, y vienes llena como dorada mazorca de maíz.

Pocos días eran pasados, cuando volvió la zorra a ausentarse con la disculpa de que se bautizaba un sobrino suyo y no podía faltar. Hizo su digresión a la cueva, cargó con el segundo tercio y se convenció de esta verdad:

Donde se quita y no se pon,
pronto se llega al hondón.

Contó la fiesta al volver como si la hubiese visto, añadiendo este percance peligroso: Me salió en el camino un desvergonzado perro que casi me atrapa; ya casi perdida, tuve que echar mano del último recurso que, como tú no ignoras, son los gases asfixiantes.

— ¿Cómo se llama el recién nacido? preguntó el lobo, riéndose y tapando la nariz con la mano derecha.

— Se llama *Demedielo*, *Medianelo*, *Dimidielo* o una cosa así; tengo tan mala memoria que se me olvidan los nombres más familiares, contestó la visitadora de la cueva. Todavía me parece estar oyendo los pavorosos ladridos de aquel indino perro que me seguía.

— A mí, repuso el lobo con orgullo, si no traen *carrancas*, nada me importan todos los perros del mundo; pero, si vienen armados con ese maldito collar, que seguramente es invención del mismo demonio, *ajuyo* de ellos como el diablo de la cruz.

— Huyo has de decir, y no *ajuyo*. Pues yo escapo de los perros más chicos, porque como soy tan tímida...

Por tercera vez abandonó la zorra el domicilio común, diciendo que estaba nombrada madrina de un

bautizo. Llegó a la solitaria cueva, e pudo terminar tranquilamente la última parte del carnero que la esperaba. Refirió a su vuelta los sustos y fingidas peripecias del viaje, y le preguntó el lobo: ¿Cómo se llama el ahijado?

— *Acabelo* se llama, nombre escogido por mí misma.

Y llegó el tiempo de las privaciones, cuando la nieve caía, la caza se alejaba y el hambre penetraba de rondón por las puertas de los socios, hasta entonces bien mantenidos con sólo dar una vuelta por el terreno de su jurisdicción. Determinaron llegarse a la encantadora cueva, donde estaría el carnero muerto de risa diciendo comedme.

¿Qué es esto? exclamó la zorra con semblante feroz y llamándose a engaño; falta la carne y sólo quedan los huesos mondos y lirondos. ¡Tú lo has comido!

— Por estas que son cruces te juro que no, contestó el acusado. Como no lo hayas comido tú cuando salías a los bautizos...

— Yo tengo más dignidad que todo eso; conozco la cortesía, me la sé de coro, y no iba a manchar mi honra por un miserable carnero. Mira, es muy fácil salir de la duda. Nos acostamos a dormir, y el primero a quien le sude el rabo, ese es el culpable.

El pobre baldragas así se lo creyó. Se acostaron y, como él tenía la conciencia tranquila, cayó en un profundo letargo, del que no saldría a tres tirones, a no ser que por allí pasase alguna pieza de ganado de esas que despiertan el apetito aún en los muertos. Aprovechando el sueño en que sumergido estaba, se levantó la vigilante zorra, le orinó en el rabo, lo despertó y le dijo: Ya se descubrió todo; mira cómo te suda el rabo. Y lo querías negar; para que uno se fíe de las apariencias; y se las daba de santito, tan juicioso y tan formal. ¡Anda, anda!

— Duras y penetrantes como flechas son tus palabras, amiga mía; pero yo te garanto que, si no fué en sueños, yo no lo he comido. Y digo en sueños, porque alguna vez, estando en la cama,

soñé que corría tras del carnero que se nos quería escapar de la cueva, y que le comía un poco de las patas para que no pudiera correr; pero, al despertar, veía que todo era sueño e ilusión.

¡Ya, ya! Habrá sido sueño, yo no lo dudo, pero los resultados son los mismos. ¡Cualquiera se fía en adelante de buenas apariencias!

II

La Zorra, el Oso y el Leñador

Rosendo era uno de los vecinos más honrados del pueblo, y por eso Dios le ayudaba en todas sus empresas. Salía una vez con el carro a cargar un poco de leña que ya tenía cortada en la Vallina de Muzalgueiro. Iba de pie sobre el carro de bueyes, con la aguijada en la mano, en mangas de camisa y con la chaqueta al hombro; cuando, al pasar por Peña Escaramillada, vió a la orilla del camino un perro que le miraba atentamente. No era un perro como los demás; le extrañó algo, pero, como él era hombre bueno, en vez de espantarlo o de tirarle una piedra, lo llamó con cariño, y el perro se vino hacia él. Entonces cayó en la cuenta de que era la zorra que por allí buscaba sus aventuras.

— Tú ¿eres la zorra?

— Sí; y tú ¿cómo te llamas?

— Yo soy Rosendo.

— ¡Ah! sí, Rosendo, Rosendín, cara de rosa; ya te conocía; por eso nunca te he hecho daño en tus intereses, y ahora vengo a prevenirte de un grave peligro que te amenaza. El oso anda por ahí, tiene mucha hambre, y es fácil que te coma por lo menos un buey.

¡Recontra! exclamó el hombre poniéndose pálido y tratando de volver con el carro *valero* desde Fuente la Llera; pero la zorra lo disuadió con estas

palabras: No necesitas volver desde aquí; yo puedo ayudarte a cazar al oso, con tal que me pagues bien; sólo te voy a pedir que me des la pita y los pitines.

Y trazaron el plan para apoderarse del enemigo de ambos. Efectivamente; antes de llegar al sitio de la leña, la zorra se tiró del carro y buscó un lugar estratégico. Rosendo comenzó a cargar la leña como el hombre más descuidado del mundo. Al poco rato llega el oso y le dió una palmadita en la espalda. Se vuelve Rosendo, y le pregunta: ¿Quién eres tú, y qué quieres?

— Yo soy el oso, necesito uno de los bueyes para cenar esta noche.

La zorra, que desde lejos observaba, llamó con fuerte voz: Rosendooo.

— ¿Quéeee?

— ¿Terminas yaaa?

— Estoy a medias.

— ¿Quién anda por ahí? preguntó el oso.

— Nada; es un cazador amigo mío que donde pone el ojo, pone la bala, constestó Rosendo, y al oso se le pusieron los pelos de punta, porque desde pequeño sabía lo que eran las balas y los cazadores.

— ¿Qué es eso que hay junto a tí? preguntó la zorra, fingiendo la voz y sin dejarse ver.

El oso, temblando de miedo, dijo a Rosendo: Dile que es un rebollo algo quemado. Y Rosendo, en alta voz: Es un rebollo algo quemado.

— Y ¿qué haces que no lo echas al carro? dijo la zorra.

Entonces el oso suplicó a Rosendo que lo echase en el carro, que él mismo subiría por sus propios pies. Así lo hicieron entre ambos, y el oso quedó boca arriba, con las patas al aire, y esas patas se movían.

— ¿Qué es eso que se mueve en el carro? preguntó el viejo cazador. El oso, tiritando ante el peligro, inspiró a Rosendo: Dile que son las ramas.

— Son las ramas, contestó el leñador.

— Y ¿qué haces que no se las cortas con el hacha?

Si ese maldito cazador, decía el oso en sus adentros, se da cuenta de la verdad, estoy perdido; la bala me penetra por el costado izquierdo, y aquí murió Sansón con todos los Filisteos. Mira, dijo a Rosendo, haz como que me das un hachazo en una mano, y no me das.

Rosendo cogió el hacha con ambas manos. Las ideas entraban y salían en su cabeza que aquello parecía un enjambre. Subió al carro, se puso a lado del oso, observó donde tenía la crencha que parecía recién peinada, y, encomendándose a Dios, y acordándose de su mujer, levantó el hacha.—Comprendió entonces que el oso le miraba con recelo, y dejó caer el arma pesada y certera que se hundió hasta los topes en el cráneo del malogrado plantigrado, que vino a sucumbir en sus propias redes.

Comenzó Rosendo a bailar a lado del oso. Llegó la zorra, después de bien comprobada la defunción; saltó al carro, y pidió a su compañero el cumplimiento de lo prometido.

—Vamos al pueblo. Te llevo en el carro, y te entrego la gallina con los pollos.

—Bueno, mira; yo me quedaré en el Cardoso, o en los prados de Mariquil, y allí me los traes; no sea que los perros del pueblo se den cuenta, y vaya a tener algún quebranero de cabeza, que me cueste más de lo que valen la pita y los pitines.

—Yendo conmigo no tienes por qué temer; pero en fin, yo te los traeré hasta el Cardoso metidos en un saco. Y echaron a andar camino del pueblo al tardo paso de los bueyes, haciendo sabrosos comentarios ante el reciente cadáver. Decía Rosendo: Mira que si ahora resucitara el oso, ¿cómo se pondría? A eso contestaba ella que no creía en la resurrección de la carne. Rosendo le hacía cargos sobre la vida poco honrada que lleva la zorra desde que Dios amanece y aún antes, cometiendo robos y asesinatos a trochemoche, sin distinguir si perjudicaba a un pobre o a un rico. Ella se disculpaba diciendo que así cumplía su deber viviendo a espensas del prójimo, como los gorriones y como los mismos hombres, que se alimentan de vegetales y de anima-

les; ¿qué mucho que ella se reservase también algunos? Y, dejándose llevar de su entusiasmo, echó en cara a su acompañante que ella se encontraba tal y como Dios la había criado; en tanto que los hombres, *¡ quantum ab illo mutati !*

Cerca del pueblo llegaban y la zorra se tiró del carro sin aproximarse más de lo conveniente. Rosendo, una vez en casa con el oso muerto, no se olvidó del solemne compromiso. Pero vencido por los ruegos de su mujer, que tenía puestos los ojos y las esperanzas en las prometidas aves, usó de flaqueza traidora, metiendo en el costal, no la gallina y los pollos, sino una perra con sus recientes crías. Se lo entregó a la zorra en las afueras del pueblo, diciéndole mentiroso: Ahí te van la pita y los pitines, conforme a lo estipulado. Ella, un poco escamada por el choque establecido entre su olfato y las palabras de Rosendo, dijo entre dientes:

Pitos, pitines serán;
pero oler, huelen a can.

Cuando allá entre los Heiros abrió el saco para ver la correspondencia del hombre, ¡qué susto se llevó al oír los ladridos de la perra! y ¡qué carrera emprendió, que parecía que volaba con la cola extendida, saltando obstáculos y paredes como si fuera un espíritu! Las consideraciones y soliloquios que expresó en las soledades de su madriguera, no son nada halagüeños para la dignidad de Rosendo, a quien resultaba, de acuerdo con Rosenda, un sacrificio muy duro desprenderse de una vez de la pita y los pitines. Libre ya de sobresaltos en la dulce tranquilidad de su cueva, la zorra se miraba al espejo y exclamaba como general después de una batalla:

Ojines, que bien visteis,
patinas, que bien corrísteis;
¡ah! rabo de Satanás,
¡qué bien tirabas pa atrás!

III

Três ante una colmena

La zorra, el lobo y el oso iban monte adelante buscando sus aventuras, es decir, aprovechando el descuido y la flaqueza de los débiles, para darles caza y conseguir entretener el estómago lo mejor posible. Al doblar unos peñascales, en que el sol daba de plano, descubrieron una colmena con un panal de miel.

— Gracias sean dadas al cielo que mira por sus criaturas, dijo la zorra.

— Sí, gracias, dijo el lobo, pero esto ¿qué es para tantos, y con el hambre que traemos?

— En realidad, añadió el oso, esto no vale más que para abrir el apetito, o, si se quiere, para postre después de una comida suculenta.

Y determinaron que lo comiese uno solo, pero ¿cual? Después de rechazar, para la suerte, varias proposiciones en que entraban las frases el que más, el que menos, se quedaron con ésta definitiva: el que más años tuviera; lo que a todos pareció muy razonable, porque era dar la mano a la vejez, al más necesitado; hasta era un acto de obligada cortesía ceder ante el número de los años.

— Bueno, preguntó el oso, vosotros ¿cuántos años tenéis?

— Yo, contestó el lobo, tengo tantos como la encina.

— Yo afirmó la zorra, tengo tantos como la grama, pues la ví nacer.

El oso se puso de manos, miró a sus compañeros con cara fiera, entornó los ojos, apretó los dientes y dijo:

Yo tengo siete,
entrando pa ocho;
a ver ¿qué valiente
le echa mano al corcho?

(Aunque en su desarrollo y elegancia nada tenga que ver esta fábula con la clásica de *quia nominor leo*, bien se ve que en su fondo vienen a ser ambas iguales).

IV

El sapo y la mustuniella

En Trigal, que así se llama un valle de Rosales, quizás por haberse ensayado en él hace miles de años la primera cosecha de trigo, un sapo y una mustuniella o comadreja consiguieron hacer buen acopio de ese cereal que, por ser nuevo en el país, les gustaba mucho, y por aquella época no comían otra cosa. Cuando se ponían a la mesa, siempre tenían reyertas y discusiones por si el uno comía doble ración que el otro. Para cortar diplomáticamente tales discusiones, determinaron que todo el erario quedase para uno solo, a quien la suerte favoreciese. La ligera mustuniella, contando con la pesadez del sapo, propuso que el rico montón de trigo sería para el que primero llegase corriendo desde el fondo del valle, en que tenían la despensa, hasta la cumbre, en que se hallaba la ermita de Santa Colomba, y volviese otra vez a la común residencia. Aceptó el sapo, y ordenó a sus compañeros que se colocasen estratégicamente a lado del camino, y uno, a la puerta de la ermita. Todos llevaban instrucciones secretas. Llegó el momento, y ambos contrincantes emprendieron carrera vertiginosa. Ni por un instante dudó la comadreja de su triunfo. Corrió, corrió, y volvía la cabeza para burlarse del sapo preguntando en alta voz: ¡Oh! sapito, ¿dónde estás? — Aquí estoy, le contestaron más adelante. — ¡Diablos! si va delante de mí. Empezó de nuevo la carrera y, cuando ya se figuraba que el sapo quedaba atrás, volvió la cabeza y preguntó: ¡Oh! sapito, ¿dónde estás? — Aquí estoy le contestó ya cerca de la ermita. ¡Por Dios! si me descuido, me gana, exclamó la mustuniella, y echó

el resto de sus energías en salvar a todo galope la distancia que la separaba del hito. Con el susto y la desconfianza en el cuerpo se acercaba a las paredes de la ermita; alzó la cabeza, y allí estaba el sapo, riéndose a carcajadas por haber llegado primero.

— Me has ganado hasta ahora, murmuró la comadreja, pero falta la mitad de la jornada. Y emprendió desesperada carrera cuesta abajo, sin pararse a mirar, ni a preguntar, pues ya llegó a desconfiar hasta de la tierra que pisaba. Como un relámpago, más volando que corriendo, llegó al tesoro del trigo y... allí estaba el sapo mirándola con ojos saltones. ¡Cómo! ya llegaste? — ¡Anda! ¡el rato que llevo yo aquí! Yo vengo por los atajos.

Y el sapo ganó la apuesta, la carrera y el trigo.

V

La zorra y las sardinas

Desde una eminencia del terreno, como general dispuesto a dar una batalla, exploraba la zorra los campos y los caminos buscando con qué entretener sus ocios. Vió venir una caballería con bultos encima, y delante, un hombre que la guiaba. La prudencia le indicó que el asalto sería peligroso, y su resultado, funesto. Echó mano de la astucia. Se hizo la muerta, acostándose cuan larga era a la orilla del camino. Llega el arriero y, al verla, dijo muy gozoso: ¡Ah! la piel es aprovechable y vale su porqué. Y, cogiéndola por las patas, la arrojó sobre el macho, con ánimo de desollarla en llegando a la primera posada. El macho iba cargado de sardinas que olían deliciosamente. La zorra empezó a comer, y luego a tirar sardinas detrás del macho; tiró después la cesta, y por fin se tiró ella. El buen arriero, distraído en meditaciones filosóficas, igual que el macho, no se dió cuenta de nada. ¿Quién va a sospechar de un muerto? Desanduvo la zorra el camino, recogió las sardinas, volvió a llenar la cesta,

y escapó a enfrascarse en las soledades del monte, donde vivió jornadas encantadoras mientras duró el banquete. Cuando las existencias tocaban a su fin, llegó el lobo, que aún alcanzó a probar los residuos que le supieron a gloria y a poco. ¿Dónde se caza esto? preguntó relamiéndose. — Esto no se caza; se pesca, contestó la zorra, porque las sardinas son habitantes de las aguas. Si quieres llenar la cesta, continuó diciendo, te la atas al rabo, te metes en un pozo, y verás cómo acuden las sardinas. El inocente lobo consintió en que la misma zorra le sujetase la cesta, y se metió en un sosegado y hondo pozo del río. La zorra se encargaba de tirar piedras a la cesta, a fin de que las sardinas acudiesen, y corriendo afanada por la orilla, repetía esta canción;

Pesca, Juan, pesca,
que pronto se llena la cesta.

Efectivamente la cesta se llenaba de agua y de piedras, y Juan se iba al fondo sin remedio, a pesar del constante ejercicio acrobático de manos, pies y cabeza, con que desesperadamente trató de sostenerse en la amada superficie. Y desapareció para siempre recitando estas palabras voladoras:

¡Ay! Maruxiña,
como me engañeste;
muchos peligros,
ninguno como éste.

VI

La oveja y el lobo

(en arcaico leonés)

Una vé un llobu afallóu una ugüeya allí junta Santibañe, y díjule: Ugüeya, voy a cumete, que teu mucha fame. — ¿Agora precisamente, cuntestóui la ugüeya, que estoy criandu dos fiyus que tuve d'un

mesmu partu?.. déjalu pa más alantre cuando sean mayores, y entonces nu pundréi reparu dengunu. Peru nesta ucasióu faríame un mal terciu, cuna falta que you fago no mundu.

El llobu dejouse convencer, creyeu güenas y valederas las razones de la ugüeya, dejoula en paz pur aqueilla vé, y fueise rabu entre piernas a ver se noutra parte yera mejor recibidu. A lus poucos días vulvieu a insistir untavía cun más fame que la vé primera, y a todú trance que la quería cumer, que la fame lu acuciaba. La ugüeya repitieuí to las razones que l'había dau endenantes, y on sacóu a culación outras nuevas cunu garbu que ponen las hembras cuando tienen muchu aquél... vamos, mucho interés nuna cousa. El llobu nu se convencía, y diba acercándose a eilla cuna boca abierta. La ugüeya celaba pur aqueillus praus pa punese al abrigo de unos carnerus y una yegua que pacían nu Cutau. Cuando ya s'afallaba cerquina, propusu al llobu que aqueillus animales, cumu jueces, dieran sou fallu naquel pleitu; se debía cumela sin aguardar a más, u se, pul contrariu, tendría ubligación de dejala hasta ver criaus lus fiyus. Cun esu el llobu achantouse porque, cumu él tenía tanta fame, nu dejaba de cumprender que, a poucu que discurrieran aqueillas criaturas, fallarían a sou favor, porque nu ye licitu dejar a naide murrer de fame. Diban lus dos manu armada, el llobu y la ugüeya, no ya cumu dos enemigus, seno cumu litigantes que van al juzgau. El nu s'apartaba d'eilla ni lu negru duna uña. Peru eilla, cun guñús cun miradas, valiéndose d'un modu de falar unsau sólu entre animales dumésticus, y qu'el llobu nu cumprendía, díjuis que se fallaban a sou favor, dejarialos pacer libremente nus praus de la Llomba, nas Mayadas y en to sous duminus. En cambiu, d'aquel indinu ¿qué pudian aguardar seno la muerte? Sentónunse pur tribunal lus carnerus y la yegua, cumparecienun lus dos reus allí delante, y cadaguno expusu las razones pa llivá l'augua a sou mulín. To lus jueces fallonun a favor de la ugüeya, fundándose nu derechu natural, que pu lu vistu pruhibe matar a una embarazada u a una parida, mentres lus fiyus nustén destetaus.

El llobu púsose d'un humor del demoru, cumenzóu a jurar pur aqueilla boca que parcia la d'un renegau; ensiñaba las garras y lus dientes, y diju triste y desesperau: Escur que toos estades confabulaus contra mí; peru juru pur quien soy que us habedes d'alcordar d'esta sentencia injusta. Mentres más güenu se fa unu, más abusan dél, cumu se you nu tuviera derechu a la vida.

¡Basta, basta! rugíeu la yegua que facia de presidente; nuestro fallu ye definitivu, inapelable y justu; veite pur onde veniste, se no quies que llamemus lus perrus y t'ajagen aquí mesmo. Entra a servir un amu, y él te mantendrá; peru, ¡ay amígu! esu de cumer sin trabayar acabóuse.

El llobu, desesperau y medio muertu de fame, cun unos hígadus que ichaban curage y venenu, cugíeu un trote cumu que va de mala gana, y saporciou tras las matas a uriella del monte Las Rapuseras. Lus carnerus, arremulinaus alrededor de la ugüeya, dando patadas de descunfianza, y la yegua cuna cabeza mirandu al cielu, nu lo perdienun de vista hasta qu'escolumbróu cumu se fuera un criminal. A ése, diju la yegua, gústan i lus bucaus exquisitus. Que coma yerba cumu nusoutrus, dijo un carneru. Tos tenian el sustu metidu nu cuerpu, y cuasi nu acertaban a crier lo que con sus ojos vían. La ugüeya toda se desfacia dandu las gracias a unus y a outrus; peru la yegua diju en nombre de toos: Nu t'apures, tuntina, qu'al fallar pur tí, pur nusoutrus vutábamus, qu'estas alimañas, cuandu cogen un mal careu, nunca se vein fartas, y asina tos peligráamus. ¡Anda y que se muerra de fame cumu lus fulgacianes! Sicasi, pa lu que val... el pilleju y gracias.

Cadagunu vulvieu a pacer en sou prau, y ulvidónunse prontu del llobu. Peru aqieste purreteru nu s'olvidóu de las andadas; paré qu'había cugidu tirria cun aqueilla ugüeya, y asina rundábala a cada istante. Decia pa sou capote l'indinu cuandu diba solo pur aqueillos vericuentus: Más tarde u más templanu tien que fenecer en mieu estógamu, y peme que nu va a tardar muchu. Hasta agora hey sidu demasiau buenu cun eilla, pero la primera ve que l'alcuentre, cántu i el gori, gori. Avergunzau estoy

de mi mesmu pur tantas cuntemplaciones. Se mia madre levantara la cabeza, y viera el causo que you hey feichu de sous consejus, puniame de vuelta y media. ¡Ay! cumo t'afalle outra vé!

Cun estas malas intenciones caminaba Juan, qu'este pu lu vistu yera el nombre del llobu, cuando descubrieu a la ugüeja paciendu mui entretenida a la sulombra d'unus choupus. Alligouse hasta bien cerque d'eilla sin que naide lu nutara. Pur fin caiste, diju el llobu cona boca abierta; ya sos mia; agora ya nu ties fiyus que criar ni alcahuetes que te fien; disponte a pasar a mejor vida.

— Razón que te sobra, Juan, cuntestóu i la ugüeja toda desculurida y temblandu; cumprendu que lligóu la hora, y sólu te pidu que te pongas un mumentu tras d'ese choupu mentres rezu las últimas uraciones.

Juan on fuey cumplaciete aquesta vé, y pútese tras del árbol. Pul terrenu qu'el choupu tapaba escapóuse la ugüeja curriendu caminu las casas y, cuando ya lligaba cerque, cuando ya s'afallaba sigura entre presonas, vulvieuse y diju al llobu: Oye, Juan,

You, cumu ugüeja cascarreira,
lliveime buena carreira.

— Y you, cumu llobu pardu,
lliveime buen petardu.

VII

La zorra y el lobo

La zorra consiguió apoderarse de la merienda de un pastor, algo descuidado, y se la estaba comiendo en lo alto de un rebollo. La merienda se componía de pan y sardinas. Atraído por el olor, el lobo llegó a debajo del árbol y buscaba por el suelo algo que

no había perdido. La zorra, generosa, le tiró una sardina. ¡Qué rico está el pez! exclamó después de comerlo, y relamiéndose los labios de puro gusto. ¿Donde se coge esto? preguntó. — Esto se cria en el agua, contestó la zorra, y es muy fácil de pescar; no tienes más que punerte a la orilla del río, meter el rabo en el agua, esperar así toda la noche y, cuando salga el sol, tendrás todos los peces que quieras.

Tumbóse el buen lobo con el hocico sobre las manos, y con el rabo metido en el agua, esperando pacientemente la llegada de los peces. Era en el rigor del invierno, y hacía un frío que pelaba. El agua se heló, y todo lo que ella abrazaba quedó convertido en una pieza, en un témpano de hielo. De vez en cuando el lobo trataba de mover el rabo, y notaba en ello cierta dificultad. ¡Ah! la pesca es abundante, se decía, pero así hay que permanecer hasta la salida del sol.

Al amanecer se oyeron las esquilas de un rebaño y las voces de los pastores. El lobo se dispuso a recoger la pesca que hubiese caído, y a ponerse en salvo; no gustaba él de compromisos ni de andarse en escaramuzas con perros azuzados por sus amos. Tiró, volvió a tirar del rabo, y tan pesada era la carga de sardinas, que no había posibilidad de moverse. Se espantó el ganado, los perros se dieron cuenta de la presencia del enemigo, los pastores lo vieron, y comenzó la gritería: ¡al lobo! ¡al lobo! ¡al lobo! Ya llegaban los perros; los pastores venían detrás blandiendo los cayados. El pobre lobo estaba preso, y allí sucumbió víctima de un perverso engaño, entre las crueles dentelladas de los perros, y los despiadados golpes de los pastores, llenos de regocijo y de algazara. El desgraciado lobo se entregó inerte, maldiciendo el día en que había nacido, y el no menos funesto en que oyó los consejos de la zorra.

Quien de los pillos se fía,
si no escarmienta de noche,
escarmentará de día.

VIII

La Zorra y la Cigüeña

Un día por la mañana, estos dos personajes se encontraron y se dieron los buenos días cortesmente. Dichosa tú, dijo la Zorra, que puedes caminar por la tierra y volar por los aires hasta remontarte a las puertas del cielo. Allí sí que se estará bien, y no por estas negras soledades, según cuentan los hombres. — ¡Oh! no te puedes imaginar, contestó la Cigüeña, lo lindo que és aquello; mis palabras no acertarían a pintarte la mitad de las delicias que allí se experimentan. — De buena gana subiría yo a ver aquello; si Dios no se hubiese olvidado de poner me alas . . . — Hoy precisamente se celebra una boda en el cielo; si quieres venir, invitada quedas. — No sé yo cómo ni por donde se sube; doy saltos, y siempre vuelvo a caer casi en el mismo sitio. — No te apures; yo te llevaré y quedarás contenta.

La Cigüeña cogió a la Zorra con las patas, y levantó el vuelo. La tierra se escapaba; llegaban a las nubes; el cielo estaba cerca. La Cigüeña dijo que se cansaba, que ya no podía más, que se veía precisada a soltarla. — Déjame caer sobre aquello blanco que allí se parece; tal vez es un montón de lana. Era un mundo peñasco más duro que la cabeza de Esquilo.

La Zorra, despeñada, bajaba de las alturas murmurando:

Si de ésta salgo y no muero,
no quiero más bodas al cielo.

P. CÉSAR MORÁN

Agustino